

Contra la corriente

ANTOLOGÍA DE CUENTO BREVE



Contra la Corriente

©33º Sur.

Registro de Propiedad 2020-A-10396

Diseño: Lorena Díaz M.

Imagen de portada: Canva.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1ª edición, diciembre del 2020

Se prohíbe la reproducción, parcial o total, de este libro, tanto en Chile como en el extranjero, sin autorización de todos los autores.

LIBRO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA SIN FINES COMERCIALES.

Contra la corriente

Antología de cuento breve
Concurso literario "Contra la corriente" 2020

Ojalá vivas tiempos interesantes

El texto corresponde a un proverbio chino que funciona como maldición. En base a esto se podría decir que alguien nos ha deseado un gran mal, aunque no es tan simple. Los tiempos que corren no son solo interesantes, sino también contradictorios. A diario experimentamos emoción, tristeza, rabia y miedo. A veces, en cosa de minutos, el humor muta de uno en el otro. Son tiempos inciertos en los que las fuerzas que componen la sociedad se disputan los artificios y las definiciones. Dignidad, equidad, privilegios, precariedad, falta de oportunidades, de liderazgos...la plaga, que nos privó del contacto social.

Lo único cierto es la incertidumbre y las dificultades que se hacen cada día más evidentes.

Fue en estas condiciones que surgió la inquietud acerca de cómo podíamos ayudar. Constatamos que las Artes (tan menospreciadas por los criterios corporativos que nos dominan), han constituido un tremendo alivio, un bálsamo en medio del caos.

Decidimos hacer algo para apoyar a las Artes y la Cultura: organizar un concurso para la gente de a pie que se empeña obstinadamente en seguir creando; invitar a la gente a escribir sobre lo que está pasando, sobre el mundo que estamos tratando de cambiar.

Todo acto creativo es un acto de subversión absoluta. Llevarle la contraria a la termodinámica. Estar en contra de la corriente.

Una vez propuesto el tema y organizado el concurso, la gente acudió al llamado y participó. A continuación encontrarán los diez mejores cuentos seleccionados por el jurado. Todos ellos responden a una contradicción inmensa y mágica: es el acto de poner algo donde antes no había nada. Vivimos tiempos interesantes, sin duda.

33° SUR
Diciembre, 2020

BRUT

Fany Mazuela

Es la amiga celíaca que aún no conozco. Cuando aparece cargada con sus provisiones en el departamento de Gastón, con vista a la Torre Entel, me causa una mezcla de gracia y lástima. Yo llego sola y con dos Viñamar Brut en la cartera.

Tal vez pensando que ya habíamos entrado en confianza después de vinilos de Olivia, Mylène Farmer y Lana del Rey, varios espumantes, las anécdotas de viaje de Pato -el pololo de Gastón-, en las que suele humillarlo y luego de que Ofelia se atreviera a recodar la vez que se le quemó la cocina cuando osó hacer papas fritas, viene la pregunta incómoda. La duda que cada cierto tiempo aflora de la boca de algún desconocido o de esa amiga que por mucho que declare aceptarte, siempre intenta que cambies. “Cuando te enamores...”, me repitió en su matrimonio y en el bautizo de su primogénito, al que estuvo a punto de ofrecerme para que fuera mi ahijado.

“¿Por qué no tienes hijos?”, resuena una vez más en mis oídos, como si fuera una alarma biológica y al mismo tiempo, un recordatorio de la incredulidad que provoca la negación a la maternidad.

Crecí sin padre, a quien no conocí ni por foto y vine a ubicar a través de la PDI a los treintaitantos, tras una lectura de tarot. “Si no compones la relación con tu papá, no podrás vincularte con ningún hombre”, me aseguró el brujo. Supongo que lo busqué para ahuyentar esos designios y también por curiosidad. Durante la conversación me contó que nunca se había casado, que él era libre, que ahora tenía algo con una vecina pero que no era nada serio. Cuando le dije que no tenía hijos y que planeaba no tenerlos, siguió fumando y comiéndose el postre.

“A los trece años decidí que no quería ser mamá”, respondo, mientras Ofelia mastica una galleta sin gluten. “No me siento preparada y tampoco me gustan los niños”, es mi sentencia acompañada del último sorbo de Brut y con Cher de fondo.

Estoy por cumplir los treinta y nueve y el ginecólogo me advierte: “Piénsalo bien, chiquitita, es tu última oportunidad. Si te arrepientes a los cuarenta, tendrá que ser con tratamiento”.

Pablo es mi pololo vegetariano. Vamos a un asado y allí me expone: “Si no sales de ti misma y no

experimentas el amor definitivo por un hijo, ¿cómo sabrás qué es la generosidad?”. Le paso una hamburguesa de lentejas que llevé para él. Suena su celular. Le avisan que su papá, que tiene cáncer, está mal. Se va. No lo vuelvo a ver hasta el funeral.

Pasan varios meses hasta junio. Se acerca su cumpleaños y le pregunto si piensa festejar. “No tengo ganas”, dice. Me resigno a pasar el sábado como siempre: bar, Clan y after casero.

Al día siguiente me despierto y veo Facebook. Ahí está la evidencia. Fotos en la casa de su mamá con tornamesa y todo, en su living regado de botellas vacías y unos tacos. Fotos arrobadas a su ex, que tiene un hijo al que Pablo disfrazaba de mimo para hacer sus ejercicios como tardío estudiante de teatro.

Estoy de turno de noche. De puro aburrida me pongo a hacer zapping. Me topo con “Sin hijos”, con Diego Peretti. Me identifico con la actriz que va al club “No Kids” y luce orgullosa un prendedor alusivo. Él le esconde que tiene una hija. La niña se da cuenta y termina siendo la heroína de la historia enseñándole a esta mujer los beneficios que obtendrá si se queda, aunque ella deba renunciar a su viaje. Apago el televisor y llamo a Gastón.

Primer lugar. Concurso literario “Contra la corriente”

CONTRA LA OSCURIDAD

Camilo Ortiz

El tiempo se fusionó con la oscuridad. Ante la debacle, el Chamán convenció a los suyos de apiñarse como si estuvieran dentro de un molusco. Las personas que estaban arriba les temían, creyendo que los afectaba una peste mortífera. Los que estaban abajo no sabían si era de día o de noche. Sentados en círculo se tocaban para sentir que aún eran ellos mismos. Al abrirse la trampilla del techo, caían algunos alimentos y el destello los cegaba aún más que las tinieblas.

Uno se desmayó y lo apartaron suavemente, cubriéndolo con una manta. El viejo sabio le puso sus manos sobre la frente, recitando una letanía. Fue el primero absorbido por la oscuridad.

Nadie sabía cuánto tiempo había transcurrido. Le preguntaron al sabio cuál era el significado de la tribulación y él no supo qué decir.

Los asaltaban visiones que no lograban desc-

frar. Solo quedaba aferrarse a la mano de alguien.

Los rezos ocupaban toda su vigilia. Se soltaban para dormir o ir a defecar. Al regresar, se olían la piel que aún conservaba un débil aroma a fruta y jungla verde.

En algún momento, el anciano se debilitó. Su habla se volvió inconexa y sin embargo, no dio muestra de desesperación. Tarareaba la melodía de un antiguo canto. La letra —creían recordar— relatava cómo los dioses otorgaron la luz y los colores, culminando con la aparición del sol, el guardián de la obra completa.

El viejo, al sentir que moría, alargó los brazos hacia el más próximo. Le pasó su collar y pegó su frente a la suya. El canto se apagó paulatinamente y falleció.

El elegido volvió a esparcir la melodía pero esta vez con palabras a través del aire viciado y los oídos atentos.

Con el tiempo, el sucesor también fue olvidando la sagrada letra y comenzó a rememorar la infancia. Recordaron el río donde se bañaban desnudos, chapoteando con alegría, mientras las garzas blancas volaban sobre sus cabezas y sus madres recogían frutas en la orilla.

Algunos continuaban unidos por las manos, otros apenas se sostenían en los cuerpos de los de-

más. Le temían al silencio, el sonido era el último recurso para evitar la oscuridad absoluta.

Al final, el sucesor calló su canto, el sentido de las cosas se derrumbó y la Tierra se disgregó por el universo.

Cuando el barco arribó a Europa, sólo tres salieron de la bodega. El sol ya no era el mismo y la luz aplastó sus ojos que eran como dos agujeros negros. Los subieron a un carro para trasladarlos. La gente los miraba con asombro.

Al día siguiente, los enfundaron en unos curiosos ropajes y luego avanzaron tomados de las manos. Entraron a un coliseo y les hicieron un pasillo por el que caminaron hasta los pies del trono de un monarca envuelto en telas de oro. Los obligaron a caer de rodillas. Un obispo de regia túnica, apoyado en un báculo rematado en una cruz, derramó agua sobre sus cabezas, recitando algo que no se parecía a las oraciones del Chamán.

De pronto, uno levantó su mirada muerta hacia la cruz y el obispo se complació pero el desdichado no vio a Dios.

Sólo una garza blanca volando sobre ellos.

Segundo lugar. Concurso literario "Contra la corriente".

SALVAR AL MUNDO

Nicolás Sepúlveda Guzmán

Nunca conocí a Basilio Gándara pero lo imagino despertando una mañana nublada y húmeda, rezongando por el día que se le viene encima, maldiciendo un nuevo agujero en el talón de su calcetín derecho, dándose cuenta de que la vida, aquella suma de acontecimientos aleatorios y en general poco proclives a la justicia, le resulta lánguida, larga, casi intolerable, de no ser por algunos chispazos de maravilla: el cielo despejado y celeste, un rayo de sol entre las ramas de un árbol gris, una bandada de pájaros remontando el vuelo.

La muerte le sobrevino una noche igual de nublada y húmeda que esa supuesta e insípida mañana de rezongos y suspiros. Mientras paseaba por las orillas del río turbio y pedregoso que atravesaba la ciudad, creyó distinguir un chapoteo. La bruma no lo dejaba ver más allá de un par de metros, suficiente para notar el cauce corriendo con violencia

invernal. Su corazón latió rápido, atezado por el recuerdo del único acto heroico que hasta entonces había acometido y que atesoraba en sus madrugadas solitarias y en vela, como una tabla que lo mantenía a flote en la miasma de la duda, en el convencimiento de su propia insignificancia. Volvió a verse con varios años menos, el pelo aún oscuro y abundante, lanzándose desde un puente al mismo río, para rescatar a un niño que se ahogaba.

Es difícil imaginárselo decidido, actuando con una valentía insospechada, incluso para él. No, lo más probable es que en ese momento sintiera un miedo sordo y total que debió haberlo paralizado. Pero como en un milagro secreto, como en un descuido del orden natural de las cosas, Basilio Gándara se liberó de sus zapatos y su chaqueta y se lanzó al río. Bregando con la corriente y con su propio peso que lo arrastraban hacia el fondo, alcanzó al niño y lo llevó hasta la orilla.

Se quedó de espalda sobre la tierra húmeda, tratando de recuperar la respiración y vio el cielo despejado y celeste, vio los destellos del sol colándose entre las ramas de un árbol gris, vio una bandada de pájaros remontando el vuelo y oyó la voz del niño, un lloriqueo entrecortado anunciándole que había hecho lo correcto.

Fue el mismo impulso de años atrás el que selló su destino fatal. Esa última noche se lanzó al río helado y sucio y nadó a ciegas. Se detuvo un instante, flotó en silencio, intentando captar alguna señal que le indicara hacia dónde dirigirse pero no vio nada, no oyó nada. Gritó un par de veces y esperó una respuesta que no llegó.

Media hora después salió del río tiritando y con los brazos vacíos. Las ropas le pesaban por el agua y la desazón. Llegó a su casa y se dejó caer empapado sobre la cama.

Antes del amanecer lo despertó una fiebre insoportable y una tos violenta le hizo manchar la almohada de rojo. Ante la certeza del final, alcanzó papel y lápiz. Algunos minutos después se desvaneció.

Basilio Gándara murió de una neumonía fulminante. A su lado dejó un papel húmedo con solo seis palabras: "Fui Basilio Gándara. Salvé al mundo."

Tal vez haya algo de cierto en eso. Él nunca lo sabría pero el niño que salvó, creció y tuvo un hijo, el que a su vez tuvo una hija que dio a luz a dos mujeres y un varón antes de tenerme a mí.

Ahora es mi turno de salvarlo del olvido.

EN ALGÚN LUGAR

Francisco Briones

*Para Irma, abuela eterna.
Gracias por iluminar los caminos.*

Entre las casas y las calles confinadas al olvido de los barrios marginados, habitaba invariable este sujeto: los ojos trasnochados, el peso y la contextura de quien ha sobrevivido con pan y fideos. Los dientes que le quedaban limitaban su sonrisa. Moreno de tanta raza y sol ganados entre fierros y cemento, pasaba desapercibido entre la multitud que se alimentaba de otros colores y paisajes a través de sus teléfonos.

Su vida era simple. Despertaba oliendo a vino a las cinco de la mañana, se afeitaba con dificultad porque el pulso no lo acompañaba, la ducha con un balde era rápida. Se abrigaba y tomaba su mochila. Sin despedirse, porque no había de quien hacerlo, colocaba el candado a la puerta de su pieza. La calle lo esperaba, aún oscura y fría. Llevaba alimentando su memoria con este caldo más de veinte años.

Hoy la suerte lo bendijo con un asiento en la mi-

cro para sus casi dos horas de viaje. La frente apoyada en el vidrio, los audífonos, el volumen alto para encerrarse en sí mismo y así no tener que hablar con nadie. A sus cuarenta y tantos se preguntaba donde terminaría todo esto.

Buscó en sus recuerdos la última vez que fue feliz. Se vio en el litoral, inmensamente vivo, el cuerpo le brillaba. La rutina, los vicios y los años aún no lo sometían. Era verano y el verano es siempre hermoso con diecisiete años. Ese día fue el único en que amó a alguien en su vida y que lo despertaron con un beso. Nunca lo contó y guardó ese nombre solo para sí.

La ciudad se despertaba, el ruido crecía junto con la altura de los edificios. Mientras el recuerdo de los besos de aquella noche le consolaba el alma, se preguntó cómo una ciudad podía querer tanto a algunos pocos y olvidar a muchos otros.

Sonaba la misma canción que cuando se vieron en la fila del Tagadá, la rueda musical donde podías gritar y reír, una ronda infantil mecánica que no se podía dejar pasar en esas noches de playa.

El paisaje vuelve a cambiar, los brillantes edificios ahora son gigantescas casas. Él sabe perfectamente cómo hacerlas y también que nunca las habitará.

Toca el timbre y baja de la micro. Le queda un tramo a pie, de camino por el cerro de este barrio

literalmente alto. Marca su entrada, saluda, le ofrecen un pan, un café, quema algo y la máquina se echa a andar.

El día pasó rápido y se sintió con suerte por segunda vez en la jornada. Se despidió al salir de las duchas y caminó cerro abajo, solo con su música. Así podía recordar tranquilo esa noche, cómo se miraron, cómo encontraron la forma de perderse, cómo se quitaron el miedo y la ropa.

Era de noche. Los pobres siempre salen y vuelven de noche. En casa lo esperaba el vino y cien canales de nada.

Hubo un ruido, un golpe, el mundo giró con violencia. Volaba y mientras lo hacía, el rostro de su amor se volvía infinitamente nítido. Sintió que su cabeza explotaba y comenzó un silencio que será eterno.

Alguien lo extrañó un par de días después. Lo encontraron en la morgue del tercer hospital en el que lo buscaron. Hubo una colecta y una despedida humilde, la carroza dio una vuelta por las calles que lo criaron.

Esa misma tarde rompieron el candado de su habitación y la ocupó otro hombre, con otro color.

LA TRENZA

Marcela Shultz

En plena meseta altiplánica cerca del Nevado Sajama vivía la niña Rosita. Jugaba en medio de los colores infinitos donde resplandece el arcoiris en la tierra. Su abuela la cuidaba mientras su madre hacía comercio en el pueblo de Oruro. El abuelo le traía piedras brillantes desde las montañas, las que guardaba como tesoros. Por las mañanas, la abuela sentaba a Rosita mirando el resplandor del sol mientras peinaba su cabello. Ese momento le hacía reafirmar lazos, afectos e historias que la abuela relataba haciendo la trenza.

— La trenza, Rosita, son tres hebras que se tejen: humanidad, identidad y resistencia.- mientras decía esto separaba ceremoniosamente en tres partes el pelo de Rosita.- Una trenza, mi niña, es la fuerza de la humanidad, donde se asienta la energía vital de la naturaleza. En ella se encuentra la identidad que son las raíces, nuestros antepasados. Sobre los hombros

de las montañas cae esta tercera hebra de cabello, que es el sol brillando con rebelde resistencia.

Rosita cerraba los ojos y podía percibir los murmullos de los antepasados en los dedos de la abuela, sentía cómo el relato formaba perfectamente el peinado.

—¿Sabes, Rosita? Dicen que el sol y la luna tienen el pelo largo y sus rayos se extienden con mucha fuerza por todo el universo

—¿Qué es el universo, abuela?

— Son el llano, las montañas y las aguas que caen de ellas. Las piedras que trae tu abuelo del fondo de la tierra. El pájaro que canta y nuestros animalitos. Los árboles y el viento que son las voces de nuestros antiguos.

— Es decir todo, abuela

— Todo, mijita, Por las noches la luna se peina con luceros y trenza estrellas que guían a los humanos, así como las líneas del cabello dibujaban vías de escape al oprimido. Entonces, quien trenza su cabello urde su destino.

La abuela cerraba su rito.

— Recuerda siempre las tres hebras, Rosita: humanidad, identidad, resistencia. Si un día se pretendiera aniquilar los destellos del sol y de la luna, el universo viviría el silencio y la oscuridad. Y si se pretende arrancar las raíces, éstas morirían. Así mis-

mo, si arrancamos la trenza, el sol y la luna dejarán de brillar en tu corazón.

Rosita, agradecida, besaba las manos de la abuela.

La niña creció. Un destello de esperanza alumbró su país. Su madre y ella se trasladaron a la ciudad para cumplir el sueño de estudiar. Rosita quería graduarse en historia, traspasar a otros su sabiduría, entretejer el pensamiento colectivo aprendido de su abuela.

Pasó una década. Rosita, ya una profesional, vivía en la ciudad como en el llano, acostumbrada a su ritmo pero sin olvidar sus raíces.

Un día, el sol no salió. El país se vio estremecido por un Golpe de Estado. Hordas de gentes huían despavoridas por las calles.

Rosita vio venir la venganza del poder que se instalaba. Fue rodeada por un grupo, quienes desataban odio por su origen. Cayó al suelo y vio caer también su trenza, rayo de sol, raíz arrancada de sus antepasados. En su dolor, vio tres hebras entrelazadas en las manos de su abuela. Tomó su trenza sin vida y evocó las tres hebras de su existencia: humanidad, identidad sin brillar en los corazones. Entonces pensó que era imperioso rescatar la tercera hebra: la resistencia.

Para entretejer nuevamente las sabidurías.

EL TALLER DE DELFINA

María Paz Mateluna

En este taller, Delfina decide qué se hace y qué no. Es 1930 en el barrio de Avenida Matta, un espacio de comerciantes en el corazón de la capital santiaguina. Hierve de actividad, mientras recibe a familias numerosas que llegan a instalarse en grandes casonas de dos pisos o en extensas barracas acondicionadas como hogares, con patios interiores. También hay ci-tés. Allí se amontonan las familias más pobres.

En el primer piso de una de esas casonas, Delfina ha dispuesto su taller de confección y costura. Vive en la misma cuadra. Con veinticuatro años, es viuda desde hace tres, la misma edad que tiene Georgina, su hija, a la que debe criar sola. Para darle la mejor educación, Delfina envía a Georgina al internado de las monjas españolas de la Congregación del Santísimo Sacramento, ubicado en el barrio y a donde llegan también niñas “bien” de regiones; allí, Georgina está de lunes a viernes y los fines de semana vuelve a casa a recibir los mimos de Delfina.

El taller tiene clientela asegurada: cada día llegan señoras adineradas a encargar vestidos de tarde, de noche, de fiesta. Delfina las recibe en una pequeña pieza que hace las veces de probador y frente a un espejo de cuerpo entero, mide acuciosamente para luego utilizar los moldes que consigue en revistas especializadas encargadas a París. Lino, seda, rayón, tul, crepé, satén y tafetán son usados para confeccionar los vestidos de corte sesgado a media pierna, con mangas abombadas, cinturones altos, canesús y cuellos amplios. La incipiente masificación de la industria textil no impide que las señoras santiaguinas sigan prefiriendo tener un vestido exclusivo. Y recurren a Delfina. El negocio le permite a madre e hija vivir sin sobresaltos.

Georgina ya tiene diecisiete años y está a punto de terminar el colegio. Fernando, un chico provinciano, la pretende desde hace unos meses; es un muchacho que ha llegado al barrio desde Curicó junto a su madre y su hermana. Le lleva ocho años a Georgina y trabaja en la papelera. Correcto y católico, es el sostén de su familia y tiene intenciones serias con Georgina. Cada viernes la espera a la salida del internado y la acompaña del brazo hasta su casa. En esos paseos han fantaseado con formar una familia. Ella quiere estudiar cuando termine el

colegio, Fernando le dice que no hace falta, que él será proveedor. Sin embargo, Georgina ha visto a su madre trabajar toda la vida y no depender de nadie. Quiere seguir ese ejemplo.

— ¿Tú lo quieres, hija?

— Sí, madre, lo conocí en la parroquia, se prepara para ser diácono.

— Entonces, este domingo luego de la misa, quiero conocerlo.

Nada le hace más ilusión a Delfina que buscar el molde de vestido de novia para su hija. No escatimará en gastos para coser el traje más hermoso, las mejores telas, los mejores hilos, broches y pedrería encargada al extranjero. Delfina es mujer de negocios, ha conseguido ahorrar una fortuna y puede costear una celebración a la altura. Fernando también aporta porque su prometida debe tener una fiesta inolvidable. Georgina se siente afortunada y bendecida por contar con una madre y un novio que se desviven por su felicidad.

El día del matrimonio es un acontecimiento entre los vecinos: la única hija de Delfina, la costurera más renombrada de Avenida Matta, se casa un día después de cumplir los dieciocho años.

Georgina y Fernando atraviesan la bóveda de la parroquia del barrio, convertidos en marido y mujer.

Es mediodía de domingo y la multitud aplaude. El vestido de la novia provoca el murmullo generalizado, en especial de las mujeres presentes.

Delfina apura el tranco para llegar antes al salón donde se realizará la fiesta; ahí, al igual que en su taller, ella dispondrá y verá cada detalle. Como cuando confecciona un vestido.

REMEZÓN

Ricardo Díaz Fredes

El ligero temblor lo despertó. Con la luz del celular iluminó los brazos de José Luis. Le gustaba apreciar el contraste de sus extremidades delgadas y morenas versus las suyas, gruesas y blancas. Estaba feliz pero sabía que eso duraría hasta el sonido del despertador.

Tomaron desayuno. José Luis ordenó el departamento y lo dejaron tal como lo habían recibido. En el Audi prestado, se alejaron del metro Alcántara en dirección al centro. Era septiembre y José Luis calculaba que en lo que llevaba del año ya había estado unas ocho veces en la vivienda del matrimonio Van Heusen. Pensó que a su regreso a Temuco los invitaría a cenar, en señal de agradecimiento.

Dejó a Rodrigo en Providencia y al despedirse lo abrazó efusivamente, como hacía cada vez que tenía la certeza de que no lo vería en un par de semanas. Desde la calle, Rodrigo le hizo una señal apun-

tando hacia su cuello y sonrió. El hombre mayor no entendió hasta que se miró en el espejo retrovisor y se vio con el alzacuello. Era la primera vez que Rodrigo lo veía vestido de sacerdote.

El cura y los Van Heusen se habían conocido durante el terremoto de 2010, cuando murió la abuela y matriarca de la familia. El sacerdote fue su guía espiritual durante los primeros meses y luego devino la amistad. Él era parte de casi todas sus fiestas familiares y fue un gran apoyo para ellos cuando el municipio fue acusado de negociación incompatible con el consorcio que poseían debido a sus lazos de sangre con algunos concejales. Fue así como José Luis, el menor de una familia pobre de Curacautín, recibió contundentes sumas de dinero para la iglesia local. También tuvo acceso a los bienes del matrimonio cuando viajaba a Santiago.

Su naturalidad para recibir dinero de otros se fue extendiendo a otras familias poderosas de la zona y se fue rodeando de lujos. Tenía cuarenta y cuatro años y ya había ido siete veces a Europa, algo inalcanzable para otros sacerdotes diocesanos de origen similar al suyo.

“Te invito a Italia”, le había propuesto a Rodrigo esa mañana. “Podríamos visitar Asís, Florencia o Venecia”. Rodrigo, si bien había estado con hom-

bres adinerados, pensó que no podría justificar ante su familia un viaje al extranjero, trabajando como vendedor de celulares. "A personas como yo les es más difícil acceder a los privilegios que tú tienes. Lo bueno de haber nacido en un entorno pobre es que te das cuenta de lo que te corresponde y lo que no. Gracias, pero al rechazarte siento que reafirmo mi origen e incluso me hace sentir orgulloso".

En la noche, ya instalado en su diminuta pieza, Rodrigo se enteró por las noticias del asesinato de los Van Heusen. Supo que José Luis no tenía escapatoria. Él le había contado que manejaba las cuentas bancarias del matrimonio. Luego vendría la revisión de sus estadías en la capital. Lo amaba profundamente pero no soportaría verse en ese laberinto de mentira tras mentira. Esa misma noche ocurrió el terremoto, el más intenso de la zona central de los últimos años.

Al día siguiente, el joven subió a un bus hacia el norte, con la excusa de visitar a su familia. Cuando divisó el mar, se dio cuenta de que jamás había estado con José Luis en un espacio que no fuera un restaurante o un departamento.

Nunca más volvería a Santiago ni a tener contacto con el cura.

UTOPIAS

Simón Arias

Sergio miró por la ventana de su dormitorio que daba a Providencia y vio la gran columna de gente caminando hacia Plaza Italia, coreando cánticos en contra del presidente y su gobierno, en contra de la clase política y en contra del sistema en general. Pensó que era tan fácil ser idealista, romántico y furioso. Cualquiera puede despotricar en contra del sistema y culpar a los demás por sus fracasos pero se necesita ser bien hombrecito para enfrentar las dificultades que te tira la vida, sortear los obstáculos y triunfar a pesar de todo.

Imaginar por un segundo que la gente ahí afuera, con sus pancartas exigiendo salud y educación gratis tenía razón, también hubiera sido imaginar por un segundo que lo que él había pensado siempre, que lo que había visto como constante e inamovible, estaba mal. Que el sistema que nunca cuestionó, que sentía tan natural como otras leyes

naturales del universo, podía ser cambiado y que había otros modos de hacer las cosas. Imposible. Él siempre se sintió orgulloso por no haberse roto la cabeza pensando en cambiar las cosas que estaban mal, perdiendo el tiempo en utopías y desvaríos socialistas. Al final -siempre había pensado- el mundo le pertenecía a los hombres como él, hombres fuertes capaces de hacer lo que tenían que hacer para mantenerse en la delantera de la carrera de la vida, sin perder el tiempo buscando formas de aplanar la cancha para gente más débil. Porque eso es lo que siempre había sido la vida, una competencia y si no eras capaz de verlo, eras un tonto.

Y ahora resultaba que todo era su culpa, que él era parte del problema. Tantos años nadando junto a la corriente, siguiendo el camino que recorrieron sus padres y abuelos. Estudiar si se puede, trabajar, formar una familia y rezar porque sus hijos le devolvieran la mano cuando se hiciera viejo. Casi un cuarto de siglo manteniendo la vista fija en el premio, sin mirar al de al lado porque a la meta llegan solamente unos pocos, para seguir subiendo. De Macul a Ñuñoa, a Providencia, a Las Condes, para sacar a su vieja de esa casa pareada en Departamental con Avenida La Florida. Y ahora le venían a decir que todo eso era mentira. Imposible. Porque si

era cierto, si el sistema no funcionaba, si el trabajo duro y sus frutos eran una mentira que inventaron para mantenerlo callado y sumiso, significaba que él había caído en el juego. Él, que siempre se había enorgullecido de no caer en las mentiras de los comunistas, que no dejó que lo engañaran con sus promesas infantiles de igualdad y solidaridad, que sabía que todo cuesta y duele, que uno está solo y tiene que velar por los suyos porque nadie más va a hacerlo, porque nadie nunca le había regalado nada y lo que tenía debió arrancárselo a la vida, peleando con uñas y dientes. Él, tan clever y tan vivo, simplemente había caído en otro juego, en otra mentira. Si los cabros ahí afuera tenían razón, entonces estaba perdido. La vida entera había estado perdido. Era demasiado doloroso.

Así que Sergio se quedó mirando desde su ventana hacia abajo, sintiéndose como un rey mirando a la prole, creyéndose lo más en el departamento que arrendaba en un piso diecinueve, intentando ignorar el nudo que se empezaba a armar en su estómago.

AJENJO

Matías Muñoz Carreño

En el CD que me pasó el Johnny venían muchas carpetas con temas de Platero y Tú, de Marea, de Fuga, de Extremoduro y de otras bandas que no había escuchado, pero que durante esos meses escucharía hasta el hartazgo o hasta producir el hartazgo en mis compañeros de pensión, más acostumbrados al Brit Pop y a Fito Páez que a las estridencias del hardrock ibérico. Esas tardes sacando temas, gritando las letras con la ventana abierta, terminaron por agotar el compilado y para cuando eso pasó decidí escribir mis propias canciones.

Los primeros intentos fueron terribles. Traté de escribir sobre las cosas que me ocurrían pero como pasaba todo el día en la pensión, sólo logré escribir canciones que mencionaban muchas puertas, techos altos y ventanas largas.

Después empecé a caminar por la ciudad. En el cementerio escribí canciones con la palabra “necró-

polis" y la palabra "fémur". En los cerros escribía sobre escaleras y postes de luz. Cuando anduve en bicicleta por la Costanera, incluí en una canción la palabra "espuma" y una estrofa en que la letra 's' se repetía de manera exagerada. Fueron intentos terribles.

Una tarde, aturcido por el tedio, decidí volver a escuchar el compilado y empecé a revisar las carpetas, hasta que me topé con una que no había visto antes. Se trataba de una banda llamada Ajenjo, cuyo vocalista no cantaba con el típico acento español. Seguramente unos polizontes en el CD del Johnny. La banda me gustó mucho y saqué esa misma tarde las cuatro canciones que había en la carpeta "Implosiones". Pasé la semana tocándolas y cuando tuve dudas sobre una serie de acordes, volví al compilado para descubrir, a mi pesar, que se había rayado. Lo mantuve durante toda la tarde en el refri, le eché aceite emulsionado con un pedazo de algodón, le puse mantequilla con un cotonito en la grieta pero nada lo hizo funcionar otra vez.

Cuando abrí la nueva copia del compilado que me hizo Johnny, tuve que llamarlo de inmediato. No existía la carpeta "Ajenjo", ni la subcarpeta "Implosiones". Las cuatro canciones no estaban en ninguna parte. Me dijo que él no cachaba esa banda, que seguramente se le pasó entre las del compilado

anterior y que la buscaría entre sus carpetas de música pero nunca las encontró.

En tanto, yo ya estaba haciendo mi propia búsqueda. Sin embargo, Ajenjo no tenía MySpace, ni fotolog, ni página, ni aparecían mencionados en noticias, ni en reseñas. Nada. Al googlear "ajenjo", me apareció información sobre una planta, sobre un licor y sobre cierto pasaje del Apocalipsis. Al buscar "implosiones", encontré lo siguiente: "Implosión(1) acción de romperse hacia dentro con estruendo las paredes de una cavidad cuya presión es inferior a la externa". Cuando lo leí, hace como diez años, no fui capaz de entender el concepto pero han pasado muchas cosas y uno comprende, al final.

Ahora, cada vez que me entrevistan, debo explicar cómo escribí esas canciones, esa "obra maestra", como dicen los críticos (qué criaturas más repulsivas), y con mucho gusto les cuento: me las dictaron palabra a palabra, la depresión y las drogas, una tarde con arreboles nucleares en las torpederas de Playa Ancha.

Luego enciendo un cigarro y bebo otro sorbo de whisky de la botella que romperé al final de la entrevista porque hay que alimentar el mito.

RUTA VERDE

Xiomara Piña

A medida que sus pulmones comenzaron a trabajar, tuvo conciencia de algo que la madre no sabría hasta los tres años de su nacimiento, una noche en que lo observaba dormido con la boca abierta, inhalando aire como un desquiciado, los puños apretados y tiritando. Llamó al padre y ambos lo llevaron cargado a Urgencias, con la convicción de que el niño no se les podía morir, como si la decisión fuera absoluta y completamente de ellos, como si la garantía del niño ya hubiera expirado. Y la convicción fue una certeza. El niño no se iba a morir esa noche en la Urgencia (aún si, años después, estuvo a punto varias veces) por un tiritón desconocido. Solamente se trataba de la naturaleza, pasándoles la factura: el niño respiraba por la boca. Esto se puede arreglar, les dijeron a los padres. Es cosa de una operación, le sacamos la mucosa, aprovechamos de sacarle las amígdalas y listo, respira como un niño normal.

El aire siempre era igual de robusto. También él era robusto. En el colegio, lo apodaron “Morsa” por eso y así lo llamaron en el liceo, en los trabajos siguientes y por fin el nombre cesó en su último oficio, que habría determinado silenciosamente, para el resto de su vida: colectivero. Quería una ruta larga, sin la necesidad de calcular cómo hacer pasar una máquina tan grande como la micro por una calle estrecha y que el día que le otorgaran un color a su letrero, le cambiara la vida.

Acá las casas compiten cuál es la más linda, comentó la señora a su lado. Manuel observó las casas por la ventanilla como si no las viera en la vuelta diaria; se estaban cayendo, no entendía de qué cosa linda hablaba.

La señora comenzó a relatarle sus recuerdos de juventud. Tendría unos ochenta años, calculaba, y se las había vivido todas; pololeó veinte veces (virgen invicta, recalcó), viajado a Europa para convertirse en monja con las Ursulinas, abandonado el convento, apartando la religión por casarse con un chileno, del cual comentaba sus proezas y cuánto lo extrañaba a su lado desde que falleció. A Manuel le había sonado como el mayor huevón de la historia. La señora le contaba sus historias como si lo peculiar, las cosas trascendentales o incluso violen-

tas fueran algo natural, algo inherente de vivir que a cualquiera le puede pasar.

“Usted es distinto, aunque no hable mucho. Hoy voy a rezar por usted”, le dijo, antes de bajarse del colectivo. A Manuel le costó partir, dejar de mirarla, caminando apoyada en su bastón.

Medio dormido, Manuel soñó tres cosas esa noche, nada más en una imagen: él en su colectivo, observando las casas de la ruta, las mismas de la ruta que le parecían más lindas que nunca. Dios, gigante, sonriendo encima del techo, y a su lado, de copiloto, él mismo de chico, a los tres años, abriendo la boca y las fosas nasales, recordándole que estaba destinado (según los médicos), a resolver “su problema” y al final, él solo había aprendido a respirar por la boca y por la nariz.

ÍNDICE

Ojalá vivas tiempos interesantes	05
BRUT Fany Mazuela	07
CONTRA LA OSCURIDAD Camilo Ortiz	10
SALVAR AL MUNDO Nicolás Sepúlveda	13
EN ALGÚN LUGAR Francisco Briones	16
LA TRENZA Marcela Shultz	19
EL TALLER DE DELFINA María Paz Mateluna	22

REMEZÓN	26
Ricardo Díaz Fredes	
UTOPIAS	29
Simón Arias	
AJENJO	32
Matías Muñoz Carreño	
RUTA VERDE	35
Xiomara Piña	



33° SUR

**Concurso nacional de música y
literatura para el fomento musical
y literario en Chile 2020**